

## ARTÍCULO-RESEÑA

### **SOBRE *JAPANESE FARMING: PAST AND PRESENT*; UNA LECTURA COMPLEMENTARIA DE *EL CLIMA EN LA HISTORIA*\***

VÍCTOR ROMERO MEDINA

EL PRESENTE LIBRO —una síntesis del pensamiento del profesor Inuma Jiró acerca de la problemática de la agricultura japonesa y de la visión particular de este autor ante la relación que existe entre la agricultura, el clima, la sociedad y la historia— constituye la recopilación de una serie de artículos aparecidos a lo largo de la carrera de Inuma como investigador teórico y práctico del tema, no sólo en Japón sino en otras partes del mundo. Tales artículos, escritos originalmente en japonés, francés o inglés, entre 1969 y 1995, a pesar de que se escribieron en tiempos diferentes, muestran una coherencia teórica que también puede encontrarse en el libro *El clima en la historia* (en adelante *El clima*, 1993). De hecho hay capítulos que se repiten en ambos libros, por lo que en este artículo me referiré al libro en español cuando la ocasión lo amerite.

En términos generales, el profesor Inuma intenta aclarar por qué la agricultura japonesa ha tenido una rápida declinación durante los últimos 35 años. La más clara ilustración de ello, es que el índice de autosuficiencia en la producción de

\* Inuma Jiró, *Japanese Farming: Past and Present*, Tokio, Nosan Gyoson Binjka Kyotai (Nobunkyo), 1995, 224 pp. Inuma Dairoo, *El clima en la historia* (traducción de Michiko Tanaka), México, El Colegio de México, 1993, 315 pp.

granos en Japón cayó de 83% en 1960 a 22% en 1993. El marco teórico del que parte el autor es la estrecha relación que hay entre un medio ambiente geográfico determinado, que tiene clima y microclimas específicos, y el tipo de agricultura que se desarrolla históricamente en ese medio ambiente. Sin llegar a hablar de determinismo climático, el autor logra demostrar que, al menos para los tiempos antiguos y la era premoderna, hubo una estrecha relación entre el clima, la agricultura y el tipo de trabajo agrícola. En Japón, el manejo de la fuerza de trabajo agrícola es muy difícil, de manera que se ha utilizado el trabajo familiar, o casi familiar, y esto ha afectado muchos aspectos de la sociedad japonesa.

El libro se encuentra dividido en dos partes: la primera aborda aspectos de la sociedad japonesa y la segunda aspectos relacionados con la agricultura, en ambos casos con referencias a Europa, Asia y algunas veces a Estados Unidos. A partir de 1960, el gobierno japonés transformó el complejo y pequeño sistema agrícola de trabajo intensivo en uno amplio, de monocultivo, con el fin de absorber la fuerza de trabajo agrícola que requería el amplio desarrollo de la economía japonesa. Según el profesor Iinuma, ésta es la razón por la cual la agricultura japonesa declinó durante los pasados 35 años. Su propuesta de solución es muy sencilla: para renovar la agricultura japonesa hay que modernizarla basándose en el pequeño y complejo modelo agrícola de trabajo intensivo, tesis que sostuvo anteriormente en el libro *El clima* (1993, p. 238).

### Aspectos de la sociedad japonesa

Para Iinuma la sociedad y la historia han sido decididas principalmente por el clima, aunque un mismo clima no necesariamente genere la misma sociedad y la misma historia. Ha habido varias interacciones o efectos recíprocos. Entre las sociedades que son producto de climas diferentes, se producen diversas interacciones o efectos recíprocos. El clima no se puede cambiar pero sí se puede variar el uso que los hombres hacen de él. Ahora bien, yo diría que no se puede cambiar inmediatamente, porque ya se sabe cómo el clima regional y

del mundo han cambiado, precisamente por efecto del complejo proceso de industrialización.

El profesor Inuma afirma con Werth (1954) que el origen de la agricultura partió de dos complejos técnico-culturales: el del azadón y el del arado. En relación con el primero, el *taro* y el *yam* fueron los cultivos más importantes; se utilizaron el palo excavador y las azadas y se criaron pequeños animales como cabras, puercos, gallinas y perros. En cuanto al complejo agrícola del arado, los principales cultivos fueron el trigo y la cebada y se emplearon grandes animales como caballos y bueyes. Por lo que respecta al origen del arroz, concuerdo con el autor en que éste se ubica en Assan y Yunnan (China), pero me permito agregar que las variedades de arroz silvestre suelen agruparse en dos divisiones mayores: las africanas y las asiáticas (asiáticas de dos tipos: *japónica* e *indica*). Estas últimas efectivamente se originaron en Assan y Yunnan y se dispersaron por todo el mundo, pero las africanas —del occidente del continente africano— lo hicieron más tarde.

El marco teórico para la caracterización del clima en el mundo y para ubicar los tipos de agricultura, las clases de herramientas utilizadas y las sociedades y la historia de los pueblos, lo toma nuestro autor del concepto de índice de aridez de De Martonne. La manera como se practica la agricultura depende definitivamente de la humedad o la aridez del suelo en el verano, pero considero importante aclarar que se trata del verano en los hemisferios norte y sur donde hay estaciones y áreas de influencia inmediata —como el norte de México, por ejemplo—, porque en las que se ubican en la zona tórrida, la situación climática obedece además a otros factores.

Cuando Inuma establece los tipos de arado para las regiones secas y húmedas, señala que los utilizados en las húmedas son más pesados que los de las secas, y afirma que esta diferenciación es aplicable a la situación de Europa y quizás de América. Aquí difiero con el profesor Inuma en el uso del término “América” como gentilicio para Estados Unidos, error común en los angloparlantes. Para los francohispanoparlantes —pero sobre todo para la geografía universal— América es una vasta y compleja extensión territorial ubicada en el hemisferio occidental, que tiene diferentes zonas geográficas

(como los Andes o la Amazonia) y, por lo tanto, no es adecuado el uso que aquí hace el autor de *Japanese Farming*.

El índice de aridez de De Martonne no muestra necesariamente congruencia con los actuales tipos de agricultura; Inuma propone entonces una tabla que permite clasificar al mundo en cuatro subáreas, que varían horizontalmente entre un índice de aridez anual mayor o menor que 20, y verticalmente, de uno de verano mayor o menor que 5, dado que lo importante es la cantidad de agua que cae durante el verano, por ser la época en la que hay mayor insolación. Cuando consultamos el diagrama 1 de la página 13 del libro, no aparecen las regiones tropicales de África o Centro y Sudamérica; esta omisión comprensible puede ubicarse en la tendencia eurocentrista del profesor Inuma, fruto de su formación europea.

Si nos concentramos en el área IV del diagrama 1, vemos que allí se ubican el este y el sureste asiáticos, el área más húmeda de las cuatro. Allí son posibles los cultivos de verano, pero el exuberante crecimiento de las malezas hace que el desyerbe sea una actividad primordial. Para los japoneses el desyerbe implica limpiar la maleza que hay entre los surcos, actividad que se puede llevar a cabo dejando descansar el terreno y, cuando llega el verano (lluvioso y húmedo), se ara el suelo dos veces profundamente; el arado es el de tipo húmedo. Éste es el método utilizado en el norte de Europa y su adopción en el área IV implicó que debía llevarse a cabo anualmente en lugar de cada tres años, porque el índice de aridez en el verano para el este y sureste asiáticos es mayor y, por consiguiente, el crecimiento de las malezas también. En Japón, la agricultura es una constante batalla contra la maleza, como sucede en las selvas del Darién (frontera de Panamá con Colombia), que son ejemplos de una "agricultura del azadón para desyerbe".

En agricultura hay una "ley del regreso decreciente", según la cual, cuando un campesino trabaja en una superficie fija de terreno y luego regresa a ella, la productividad se incrementa hasta cierto punto, pasado el cual, la productividad por unidad de superficie comienza a disminuir. En la agricultura de barbecho ese punto se alcanza más rápidamente que en la de labrado con azadón. En la agricultura

de barbecho la fuerza de trabajo agrícola que se ahorra se utiliza para ampliar las áreas cultivadas y, de esta manera, no hay intensificación del trabajo en el mismo pedazo de tierra. Sin embargo, en la agricultura de labrado con azadón la tierra que se cultiva tiende a ser la misma y la intensidad del trabajo se incrementa hasta llegar incluso al deterioro de la cosecha. Japón, China y Corea caen bajo esta última clasificación; la modernización generó que la fuerza de trabajo se intensificara por medio del trabajo manual y el uso de herramientas (mejoradas, claro) en el mismo pedazo de tierra.

Una diferencia importante entre los dos tipos de agricultura citados, radica también en el tipo de trabajadores y el manejo de éstos. En la agricultura de labrado con azadón, de trabajo intensivo, los trabajadores son usualmente miembros de la misma familia o están emparentados (consanguínea o colateralmente), mientras que en la de barbecho no necesariamente se dan estos nexos familiares. Aquí yace otra de las tesis que sostiene el profesor Inuma: las relaciones humanas de tipo familiar que se generaron en la vida campesina en Japón, se transmitieron adecuadas a las relaciones capital-trabajo. En Estados Unidos o Inglaterra, en cambio, no sucedió así.

Las culturas clásicas de Grecia, China, India e Israel se establecieron en zonas agrícolas de secano, donde se desarrolló el complejo agrícola del arado hace unos 8 000 años. Hace 5 000 años, utilizando la irrigación, surgió la primera ciudad-Estado llamada Sumer. En el capítulo sobre las culturas clásicas, el autor reconstruye la historia de la formación de dichas culturas haciendo énfasis en el tipo de agricultura y la organización social que implicó tareas de gran envergadura como la irrigación de zonas desérticas o semidesérticas, y el fuerte control político necesario para organizar la burocracia en Egipto y Mesopotamia. En la agricultura de secano los campesinos eran más independientes económica y socialmente en áreas pequeñas, en comparación con los campesinos de los grandes sistemas irrigados, como sucedió con los griegos y los israelitas, comparados con los egipcios y mesopotámicos, respectivamente. El sistema clásico persistió más fuertemente en las ciudades-Estado chinas que en las griegas, debido, según el au-

tor, a las claras diferencias entre los tipos de sociedades agrícolas que cité atrás, y se disolvió entre el v y el II a.C.

En Grecia, China, India e Israel las culturas clásicas florecieron alrededor del siglo v a.C., y se basaron en el sistema esclavista de la agricultura de secano (*El clima*, 1993, pp. 31-50), la cual es climáticamente inestable. Para lograr la estabilidad política y económica se requirió de un poderoso control político sobre grandes extensiones de terreno. Surgieron así los grandes imperios que aglutinaron a las ciudades-Estado y la anarquía metafísica —como llama el profesor Inuma a los movimientos religiosos— fue aglutinada como religión, filosofías nacionales o ideologías para controlar los grandes imperios: el confucianismo durante la época Han; el budismo durante la dinastía Mauria, y la filosofía griega en Grecia y Roma.

Para el profesor Inuma la sociedad feudal es aquella que tiene tanto el sistema de servidumbre como el de feudos (a propósito, debe consultarse el interesante concepto de “enfeudamiento” en *El clima*, 1993). Si se comparan las variaciones cualitativas de las cosechas de las zonas húmedas con las de las secas, son mayores y esto no se restringe a la antigüedad sino que se sigue presentando en pleno siglo xx debido, fundamentalmente, a la variación pluviométrica. En las zonas secas es difícil lograr la estabilidad social y política con la práctica de una agricultura parcelaria. Y si se planea un proyecto de irrigación, se necesita entonces un poderoso aparato de control político, conocido como imperio. En las zonas húmedas, en cambio, desde la antigüedad la agricultura se ha dividido en áreas independientes: en Egipto y Mesopotamia el territorio que se unificó fue grande, en las ciudades-Estado griegas, más pequeño, y en el norte de Europa llegó incluso hasta el grupo familiar (nuclear).

La comunidad aldeana de los señores medievales del noroeste europeo está asociada con la tradición agrícola de las pequeñas unidades de producción. Esta tesis del profesor Inuma es novedosa por cuanto demuestra una estrecha relación entre el tipo de agricultura y la sociedad que ésta genera: “La agricultura de zona húmeda del noroeste europeo se desarrolló sobre la base de la independencia de la agricultura familiar, las relaciones entre la tierra y la servidumbre” (p. 34). Es

más, las diferencias del sistema esclavista griego y romano se sustentan en el estatus social y el poder financiero que habían alcanzado un nivel de independencia que, según Iinuma, se debió a la diferencia entre las agriculturas de zona seca y húmeda (p. 35). Para el profesor Iinuma, pues, era natural que a medida que pasara el tiempo se presentaran discrepancias en el ámbito de la producción y surgieran poderosos dirigentes familiares. La relación entre los dirigentes familiares cambió luego a una relación entre gobernadores y gobernados. Del sistema clánico surgió el formal, jerárquico, de siervos y señores.

El desarrollo de la servidumbre fue paralelo al de la comunidad rural. En el nivel clánico del desarrollo social se produjeron “prácticas primitivas de quema de bosques” (en Japón hay datos de deforestación de 8 000 a 7 500 años a.C. [Tsukada, 1986, p. 41]). Pero luego Roma influenció al norte de Europa con el sistema agrícola de doble cosecha —propio de zona seca— de rotación bienal: cosechas de invierno/barbecho. Luego siguió el sistema de tres campos de cultivo —propio de zona húmeda— con rotación trienal: cosechas de invierno/cosechas de verano/barbecho. La difusión del sistema de los tres campos significó la difusión del sistema social de la comunidad rural, aunque —aclara Iinuma—, la evolución del sistema clánico hacia la comunidad rural no fue natural sino que estuvo motivada políticamente. Y fue sobre ésta que los señores feudales crearon la servidumbre.

Japón, ubicado dentro de un área agrícola húmeda, desarrolló un sistema feudal, pero regiones húmedas como el sur de China y Corea estuvieron bajo el gobierno del imperio chino, que se generó en un área seca del norte. La ideología China influenció a Japón, con el surgimiento del sistema burocrático que, con enmiendas y revisiones, se desarrolló —según el autor— durante cerca de 1 000 años, desde el 700 hasta 1868. Sin embargo, hubo una diferencia fundamental: el gobernante principal de Japón tuvo la categoría de dios (*kami*) y el de China no. Alrededor del siglo x, el sistema declinó y fue remplazado por el sistema samurai, “en esencia feudal”. A finales del siglo xii Japón cambió de un sistema burocrático a otro feudal, pero antes y después los señores feudales formaron una burocracia basada en un sistema de leyes nacionales. Para

comprender el siguiente periodo histórico japonés, el de los Estados guerreros, hay que ver la continuidad del sistema burocrático, el cual perdió autoridad y falló en sus intentos por unificar al país, si bien continuó como soporte teórico e ideológico del nuevo sistema.

Dentro del proceso de desarrollo de las posesiones de los señores feudales, en Japón no surgió el latifundio, como sucedió en Europa. El profesor Inuma considera que la razón de esto radica en el carácter de la agricultura japonesa o en el carácter del clima japonés. Si la fuerza de trabajo agrícola es intensiva, la agricultura de labrado con azadón es más productiva que la de tipo barbecho. De manera que la agricultura se desarrolló más por la intensidad del trabajo que por la ampliación de los terrenos cultivables. A esto se suma otro dato: el sistema esclavista, indispensable para el latifundio, tampoco se pudo desarrollar en Japón.

Las nuevas tierras que pasaron a ser posesión de poderosos señores (campesinos llamados *myōshu*), y que se denominaron *myōden* (unidad básica de tierra sobre la que se calculaban los impuestos anuales), implicaron el asentamiento de una gran familia (*dōzoku*), la que incluía a los miembros consanguíneos y a otros a los que el profesor Inuma denomina esclavos (aunque no lo eran en el sentido occidental del término). Pero las unidades familiares no eran algo nuevo. El autor recuerda que por el tipo de agricultura de región húmeda el trabajo fue intensivo, sobre todo alrededor del arrozal inundado, e implicó el uso de relaciones sociales familiares o de tipo familiar. Para el profesor Inuma el establecimiento de la sociedad feudal en Japón se produjo con la llegada al poder de Minamoto no Yoritomo, quien inició el primer gobierno guerrero en Kamakura (*Kamakura Bakufu*) en 1183. Desde mi punto de vista, para la historia de los campesinos japoneses, el feudalismo comenzó en realidad a finales del siglo XI, o comienzos del XII, cuando el sistema *shōen* de control de la tierra (que data de tiempos de Nara), se había extendido por todo Japón, generando nuevas condiciones y convirtiendo sus relaciones de producción en auténticamente medievales. Éste es el problema clásico de las periodizaciones en la historia: no pueden ser fijas y deben contemplar periodos de transición.



Es importante destacar que la relación entre el *shogun*, el dirigente del shogunato, y sus vasallos era muy similar al sistema familiar, que muestra las características típicas de la sociedad agrícola tipo labrado entre surcos con azadón: había jerarquía de mando, respeto y protección tanto de campesinos como de la tierra, y fidelidad. En cuanto al estatus diferencial de los campesinos vasallos, el profesor Iinuma afirma que los vasallos con las tierras más grandes llegaron a constituirse en señores feudales, y los que tenían menos tierra fueron *myôshu* y bajo éstos a “gente que vivía como esclavos” (p. 50). Según Nagahara Keiji (“The Medieval Peasant”, en *The Cambridge History of Japan*, pp. 306-309), los campesinos que vivían en el *shôen* se dividían en subgrupos basados en un complicado sistema de estatus: *myôshu*, *kobyakushô*, *zômenbyakushô*, *môtô* y *genin*, indicando cada uno el grado de libertad o subordinación. Tales niveles de estatus reflejaban la gran variación económica de la clase campesina y los derechos y deberes con el propietario de la tierra y el funcionario local.

Los *myôshu* eran los campesinos ricos que poseían la mayor cantidad de tierra del *shôen*. Los *kobyakushô* eran pequeños cultivadores que también vivían en tierras cultivadas del *shôen*, con menos poder económico que el primer subgrupo y con una situación precaria porque los derechos sobre la tierra no estaban garantizados, pero conformaban un subgrupo más numeroso que el anterior. Los *zômenbyakushô* vivían y cultivaban tierras exentas de impuestos del *shôen*, asignadas al oficial local; también se les llamaba *menke no genin* o campesinos de estrato inferior de las familias exentas. Le pagaban tributo directamente al funcionario y no al propietario. Todos los subgrupos anteriores eran campesinos sedentarios, pero el cuarto nivel, los *môtô*, eran migrantes. Los *genin* tenían el estatus de compraventa.

El capítulo sobre la monarquía absolutista en Europa y Japón se encuentra también en *El clima* (pp. 136-148), y como se trata de una traducción directa del japonés al español, recomendamos su lectura. Además la información documental es más rica y allí el profesor Iinuma se muestra mucho más coherente en sus planteamientos. Contiene también tres páginas sobre el absolutismo del *tennô* —que constituyen la introduc-

ción a los planteamientos de Jattori sobre el absolutismo—omitidas en *Japanese Farming*. Por otra parte, la técnica del entrecomillado para citar a otros autores en la versión en inglés, da pie a confusiones; en cambio, las citas textuales en la traducción de Michiko Tanaka son didácticamente mejores. El capítulo VI de la primera parte del libro que reseñamos, en comparación con el capítulo 8 de *El clima* sufre importantes supresiones, por lo que da la impresión de ser un artículo general que no recurre a la totalidad de los argumentos y citas que le dan forma a los planteamientos acerca del absolutismo. A mi manera de ver, la omisión más importante es la del catastro que llevó a cabo Hideyoshi y los cálculos de producción de arroz con datos estadísticos de Owari y Niwa.

La Renovación Meiji fue para algunos una revolución burguesa que destruyó a la sociedad feudal, mientras que para otros fue el comienzo de la monarquía absolutista, último estadio del feudalismo. El autor sostiene que después de la Renovación Meiji hubo ciertos elementos feudales que se mantuvieron en la sociedad japonesa. ¿Qué tanto influyeron tales elementos? Para resolver esta pregunta el profesor Iinuma cita a G.R. Elton (*Tudor Revolution in Government*, 1953, pp. 415-427). En Inglaterra hubo tres revoluciones administrativas: 1) el establecimiento del Estado feudal monárquico en el siglo XI; 2) el establecimiento del Estado-nación en el siglo XVI; y 3) el establecimiento de la democracia parlamentaria en el siglo XIX. Según Elton, la guerra civil (o revolución burguesa de 1640-1660) que ocurrió entre las revoluciones dos y tres no afectó los principios administrativos, sino que terminó en la aplicación del Estado paternalista de los Tudor a la monarquía parlamentaria. Si la primera revolución administrativa se considera feudal y la tercera capitalista, la segunda sería una transición del feudalismo al capitalismo. Utilizando este razonamiento, el profesor Iinuma afirma que los intelectuales japoneses sólo reconocían la primera mitad de esa época de transición —la Renovación Meiji— lo que para él constituye un error. Es mejor ver lo que el profesor afirma en *El clima* (p. 157):

[...] de esta manera, se puede ver que existen dos acepciones del térmi-

no “semifeudal”. Por un lado, puede significar que la sociedad es fundamentalmente feudal, pero ya se presentan los elementos capitalistas y, por el otro, que la sociedad ya es capitalista pero se conservan todavía muchos elementos feudales. El equiparar sociedad feudal y absolutista parte de la errónea apreciación del término “semifeudal”.

El profesor Iinuma llama entonces “monarquía absolutista” al periodo que corresponde a la primera mitad de la época de transición del feudalismo al capitalismo, y “monarquía terrateniente” (p. 67 y *El clima*, p. 157) al periodo que corresponde a la segunda mitad de la época de transición, caracterizada por la alianza de las clases terrateniente y burguesa. Esto corresponde a su vez al periodo aristocrático rural en Inglaterra; al periodo entre la Revolución de 1789 y la derrota en la guerra franco-prusiana de 1870 en Francia; de la Revolución de marzo de 1848 hasta la derrota de la primera guerra mundial en Alemania y la Renovación Meiji de 1868, hasta la derrota en la segunda guerra mundial en Japón.

Si bien el planteamiento del profesor Iinuma es interesante, hay que señalar que para el caso de Japón la Renovación Meiji no sólo se produjo como resultado de contradicciones internas sino también debido a las presiones externas. Es más, algunos intelectuales —sobre todo norteamericanos como John Withney Hall y sus seguidores— cuestionan que la Renovación Meiji se considere como una revolución porque el marco de las motivaciones y de las acciones difirió en aspectos fundamentales de las revoluciones europeas; además, en Japón apenas si se presentaban las contradicciones internas y no hubo enfrentamientos violentos como entre sus similares europeos. Considero que los planteamientos del profesor Iinuma son resultado de la supremacía comparativa con la historia europea. El uso de los conceptos institucionales de cambio, unificación, absolutismo y otros son valiosos, también para el caso japonés, pero para la historia de Japón es mucho más valioso el uso de sus propios términos.

El proceso de transición del feudalismo al capitalismo implica, pues, la monarquía terrateniente que para el profesor Iinuma va desde 1868 hasta la reforma agraria del 45. El autor continúa afirmando que la revolución industrial se produjo en Japón a finales del siglo XIX y comienzos del XX. La monar-

quía terrateniente estuvo controlada por la clase capitalista y por los terratenientes. Casi todos los campos arrendados eran muy pequeños, pero los impuestos en arroz muy altos (alrededor de 50% del producto). Así, los campesinos arrendatarios eran demasiado pobres y ellos o sus hijos debían trabajar en las fábricas con salarios bajos. El autor resume este planteamiento: "...la clase terrateniente fue capaz de soportar las altas rentas y convertir la renta del dinero en capital industrial de la clase capitalista".

Los cambios generados por la revolución industrial inglesa fueron puestos en práctica por el gobierno inglés en otros países como Alemania e India; la diferencia fundamental entre los procesos de estos dos países radica en que en Alemania se estableció un sistema agrícola capitalista utilizando trabajadores agrícolas, mientras que en la India se estableció un sistema en el que los terratenientes cobraban altas rentas a los campesinos arrendatarios. La razón de estas diferencias estriba, para el profesor Iinuma Jiró, en la diferencia entre la agricultura de barbecho, que utiliza mano de obra extensiva, y la del azadón, con trabajo agrícola intensivo. Habría que preguntarse si dentro de este esquema pueden enmarcarse las relaciones de explotación de los campesinos modernos. La capitalización del campo ¿tiene acaso en cuenta —conciente o inconscientemente— las variables climáticas? Las respuestas a estas preguntas constituyen interesantes vertientes para la investigación.

Las revoluciones agrícolas francesa y estadounidense corresponden, según el profesor Iinuma, al tipo alemán, pero en Japón se desarrollaron tanto el capitalismo como el sistema terrateniente (p. 75). Antes de 1858 el cultivo y la industria del algodón se desarrollaron en un área, pero después de la apertura a Occidente, las antiguas áreas algodonerías fracasaron. A causa de esto, se generó un sistema terrateniente de tipo indio y los campesinos tuvieron que pagar altas rentas en arroz y no en dinero. Se cambió, entonces, de una agricultura de subsistencia a una de abasto a la provincia japonesa y al extranjero. Entonces los principales productos de exportación eran la seda, el té y el arroz. En su breve reseña del capitalismo mundial, el autor de *Japanese Farming y El clima en la historia* entra en detalles desde el punto de vista del desarrollo

de la monarquía terrateniente. Todos los países que pasaron por sociedades feudales —afirma él— tuvieron monarquías terratenientes. Después de tocar por encima los casos de Inglaterra, Francia y Alemania, el autor señala cómo en Japón la monarquía absoluta (*Shogunato Tokugawa*) fue derrocada por el impacto del capitalismo mundial, porque los terratenientes y comerciantes japoneses no estaban suficientemente desarrollados para derrocarlos. Sin embargo, agrega Iinuma, la Renovación Meiji tuvo elementos de una revolución burguesa (p. 80).

Como argumento de la existencia de la monarquía terrateniente en Japón, el profesor Iinuma presenta el desarrollo del sistema de la propiedad de la tierra hasta que éste llega a ser el soporte de 90% de las finanzas del país en 1885. El gobierno japonés fomentó el desarrollo de modelos industriales que después vendió a particulares, tesis que el autor desarrollará más adelante en el capítulo 4 de la segunda parte de su libro. Los terratenientes monopolizaron los derechos de elegir y ser elegidos ante el parlamento que se creó en 1890. Como se dijo antes, la revolución industrial en Japón tuvo lugar a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Pero a pesar de ésta y de que los capitalistas fueron ganando poder político y le quitaron el monopolio a los terratenientes, las relaciones entre éstos y el capital industrial se mantuvieron durante mucho tiempo (p. 81). Después de la depresión, que se produjo luego de la primera guerra mundial —especialmente después de la crisis económica de 1919— se debilitaron esas relaciones económicas y los serios problemas de los campesinos generaron protestas.

Ahora bien, la razón por la cual tanto los campesinos arrendatarios indios como los japoneses pagaban tan altas rentas, fue, básicamente, la alta productividad agrícola alcanzada por el trabajo intensivo, propio de la agricultura de labrado con azadón. Por esta razón, se dificultó que se establecieran grandes haciendas capitalistas.

El capitalismo en Inglaterra, Alemania, Francia y Japón se desarrolló partiendo de las pequeñas industrias aldeanas. Debido a que hubo una estrecha relación entre la industria de las aldeas y la comunidad rural, el capitalismo en cada uno de

estos países se vio afectado por el carácter de sus comunidades rurales. De esta manera, el proceso de conformación de los sindicatos —consecuencia de la mecanización y la industrialización— fue diferente en Japón y en Inglaterra. En Japón las relaciones entre el capital y la fuerza de trabajo se desarrollaron a lo largo del sistema patriarcal o familiar que, a su vez, fue mantenido por el tipo de sociedad agrícola de labrado con azadón. Otra característica de la relación capital-fuerza de trabajo radicó en la calidad y en la duración del tipo de entrenamiento o adiestramiento. Para los japoneses la duración y la experiencia fueron prioritarias. Los rasgos más importantes en las relaciones paternalistas entre los capitalistas japoneses y su fuerza de trabajo, fueron el sistema de promoción basado en la edad y el sistema de empleo de por vida (hoy día en crisis). La lealtad a la compañía igual a la lealtad al señor feudal. “Los orígenes de las relaciones entre capitalistas y fuerza de trabajo en el Japón actual está claramente en las comunidades rurales del periodo Tokugawa” (p. 87).

En la primera mitad del siglo xx, la relación patriarcal entre los capitalistas y la fuerza de trabajo comenzó a ser más industrial e independiente, a medida que se desarrollaba el capitalismo japonés. La introducción de la ideología del proletariado junto con la autoconciencia independiente de los trabajadores, condujeron a la oposición capitalistas/trabajadores contra el paternalismo. Para finalizar esta parte, Iinuma afirma que el movimiento sindical en Japón tuvo dos motivaciones: el espíritu del sistema familiar tradicional o paternalismo, y el de la lucha de clases del marxismo (p. 91).

El capítulo referente al régimen del *tennoo* se encuentra más completo en *El clima* (1993: 165-180). Aquí vale la pena destacar con el autor, que el régimen del *tennoo* se creó en el siglo vii como herramienta política para establecer el Estado absolutista sobre el modelo chino, cuando el sistema de clanes estaba en su apogeo y la religión indígena shintoísta se reforzó con la política de fusión de los santuarios y luego la recreación de un santuario por cada localidad a finales de la era Meiji. El culto a la deidad ancestral del clan mediante un santuario por cada municipalidad, en combinación con la idea de la “expulsión de insectos” (*mushiokuri*), se convirtió en la expresión

de la ideología comunal. Ésta sirvió para fortalecer la unidad de la comunidad, pero al mismo tiempo —afirma el profesor Iinuma— sirvió para fundamentar el egoísmo comunal exclusivista. La teología del shintoísmo del tennoo sí fortaleció la unidad del Estado nacional como versión japonesa del nacionalismo, pero también estuvo ligada muy estrechamente con el capitalismo japonés, al que sirvió de apoyo moral para las expansiones colonialistas y las guerras que negaron los valores de otros pueblos diferentes al japonés. En el fondo de esta “teología del shintoísmo del tennoo” se encontraba la idea de la limpieza propia del pueblo japonés, que a su vez está relacionada con el clima japonés caluroso y húmedo del verano (*El clima* p. 181).

### Aspectos de la agricultura japonesa

Basándose en los cambios que permiten afirmar que hubo una revolución agrícola en la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX, Iinuma afirma que los cambios sufridos por la agricultura japonesa de los siglos XIX y XX también pueden llamarse una revolución agrícola (p. 164).

Cuando el autor, en el capítulo 2 de la primera parte de su libro, dividía la agricultura de gramíneas en el mundo entre de tipo barbecho y de tipo azadón, y afirmaba que el carácter de la fuerza de trabajo agrícola era extensiva en el primero e intensiva en el segundo, no se hablaba aún de la modernización de la agricultura. Cuando sí se produjo la modernización, en el primer tipo de agricultura, el ahorro de trabajo agrícola se utilizó en la ampliación del área bajo cultivo y no hubo intensificación del trabajo en el mismo pedazo de tierra. Sin embargo, en la agricultura de labrado con azadón hubo tendencia a que el área bajo cultivo fuera la misma y la intensidad del trabajo se incrementó hasta el detrimento de la siembra. Al producirse la revolución industrial y surgir la necesidad de incrementar rápidamente la productividad agrícola por unidad de superficie para satisfacer las demandas de una población creciente no agrícola, se introdujeron nuevas técnicas opuestas —o complementarias, desde mi punto de vista— a las

originales del anterior sistema de cultivo. Para el caso de Japón, durante los siglos XIX y XX el arado profundo de los arrozales inundados sufrió un cambio: del sistema manual con azadón al de arado de yunta, con bueyes. El profesor Inuma lleva a cabo una interesante reconstrucción histórica de la evolución del arado japonés desde sus orígenes en el norte de China vía Corea, en el siglo VII; es decir, de tipo secano de arado superficial, para conservación de la humedad del suelo, hasta el arado profundo de zona húmeda, para matar las malezas y mantener de nutrientes del suelo, a finales del siglo XIX en Fukuoka, donde se generaron innovaciones que se diseminaron por todo el país. Con las reformas al sistema de drenaje y la Ley de Reajuste de 1899 se reorganizaron los arrozales en las aldeas y se logró el salto cualitativo y cuantitativo en la productividad por hectárea.

Los capítulos 2, 3 y 4 fueron originalmente escritos entre 1973 y 1982 y tienen un valor significativo en la producción académica del profesor Inuma Jirô. En ellos reside su principal aporte. Se trata de la demostración —fruto de un paciente y arduo trabajo investigativo— de las teorías del autor sobre los tipos de agricultura de secano y de suelo húmedo en China, Corea y, principalmente, Japón. Mi estudio sobre las *Formas de cooperación rural en Japón. Relaciones hombres-naturaleza*, que constituye mi campo particular de interés, si bien beneficiado por la vasta información del proceso de desarrollo desde los cazadores-recolectores pasando por el surgimiento de la agricultura como tal —como modo de producción dominante—, con el cultivo principalmente del arroz húmedo durante el siglo III a.C., hasta la llamada revolución agrícola de Meiji. Si bien hubo “préstamos” técnico-culturales desde China y Corea, los hallazgos arqueológicos demuestran una adaptación progresiva a las condiciones naturales específicas de Japón, y —debo destacarlo—, la creación de herramientas (p. 163) aptas para la remoción de rastrojo de los arrozales, para el arado de secano primero superficial y luego profundo, la remoción del lodo o las herramientas de corte, que primero fueron de madera, luego con terminación de hierro y finalmente con partes importantes en puro hierro.

Estoy de acuerdo con el profesor Inuma en que una vez



instaurada una agricultura sedentaria alrededor del arrozal inundado (también de trigo, sorgo y tubérculos) se logró una autosuficiencia alimentaria (complementada con la pesca, recurso natural inmemorial), pero que la técnica fue básicamente la misma hasta la Renovación Meiji, aunque en ese lapso se presentaron ciertas modificaciones en las herramientas. Es allí cuando se da el salto cualitativo. No se trató, como lo demuestra el autor, de un trasplante mecánico de las técnicas de Occidente, sino de una toma de conciencia; un proceso de lucha entre la tradición y lo nuevo, del que salió ganando la innovación, por ejemplo, del arado, que se puede distinguir como “japonés”.

Es posible reconstruir la historia de la evolución técnica de la agricultura japonesa mediante la evolución de las herramientas agrícolas. Así lo hace el autor destacando, con Tsude Hiroshi, dos cambios cualitativos en las azadas y los segadores: uno a finales del siglo I y otro a mediados del V, cuando aparecieron el azadón de hierro y el segador recto. En el segundo aparecieron el azadón de hierro y la pala con terminal en “u” que fueron utilizados no sólo para arar sino para revolver el suelo de los arrozales inundados. El segador de hierro con terminal en curva, parecido a la hoz, reemplazó al recto y luego apareció otro tipo de azadón-molmillo. La introducción de herramientas de hierro provino del norte de China y de Corea (p. 129). Los cambios de forma en las azadas en el norte de China y el sur de Corea radican en la diferencia de clima que es más húmedo en Corea, además de que el suelo del norte de China es de *loess* (suelo liviano de color amarillo), mientras que en Corea es fangoso y pesado en los arrozales. Por otra parte, el azadón/removedor parece que fue introducido desde el valle de Yang Tse Kiang al sur de Corea y Japón alrededor del siglo III a.C.

En cuanto a los arados, éstos aparecen fechados en los siglos VI y VII en Japón. Se presume que fueron introducidos desde Corea en los siglos V o VI junto con los cultivos de trigo, cebada y el uso de bueyes. El arado de yunta comenzó en China al parecer durante la segunda mitad del periodo Chunchin (770-413 a.C.), pero no hay pruebas. En Corea, el arado de yunta parece haber existido en el siglo VI, pero de

acuerdo con materiales arqueológicos y datos de archivo se puede fechar su existencia uno o dos siglos atrás (p. 143). En Japón, desde el siglo III a.C., la azada fue un instrumento importante, especialmente durante el periodo Edo (1603-1867), cuando se difundió por todo el país y se adaptó a las áreas y tipos de suelos regionales. En Corea, en cambio, no se desarrolló en diferentes tipos ni se difundió.

Más adelante, el profesor Inuma se pregunta por qué en Japón se utilizó durante mucho tiempo el arado de solera larga para el suelo de secano, cuando había suelo húmedo, y da dos razones técnicas:

1) El propósito del arado profundo es fertilizar el suelo e incrementar su producción; como no es posible enriquecerlo con suficiente fertilizante, la producción es pobre y resulta mejor, pues, el arado superficial.

2) Para crear una base impermeable en los arrozales es mejor la solera larga de este tipo de arado. En el periodo Edo, a pesar de que ya existían fertilizantes comerciales y se utilizaban la azada y la pala en el arado profundo, se continuó utilizando el arado de solera larga (pp. 149-150). A partir de 1960, el arado de yunta fue remplazado totalmente por pequeños tractores de arado superficial.

Por vecindad geográfica con Corea, parece que el arado sin solera se difundió por las prefecturas de Fukuoka y Nagasaki, y durante la segunda mitad del siglo XIX fue adaptado para los arrozales inundados. Seguramente —afirma Inuma—, el incremento de uso de fertilizantes y la demanda de arroz promovieron el cambio hacia el arado profundo, por primera vez en Japón (pp. 153-154).

En 1974 ya veía el profesor Inuma la verdadera dimensión del problema de la agricultura japonesa, cuando exponía la falta de fe de los campesinos japoneses en su agricultura, y argumentaba que eran dos las causas de la crisis:

1) La forma tradicional del pensamiento analítico de la *intelligentsia* japonesa (oficiales gubernamentales y académicos) al ver, desde el siglo VIII a un país extranjero como modelo a emular, históricamente han sido China, Occidente y Estados Unidos. 2) Quince años después de 1960 el responsable era el Partido Liberal Demócrata. De un análisis crítico de los

argumentos utilizados por la clase política y académica para sustentar la modernización de la agricultura, el autor mostró los resultados: 1) La autosuficiencia en la producción agrícola cayó 71%; la producción alimentaria para animales 38%; el trigo 5% y a 3% la soya. 2) La mecanización y el monocultivo eran la norma. Las familias campesinas dedicadas exclusivamente a la agricultura eran sólo 14.4 por ciento.

El profesor Iinuma mencionaba cómo sucedió el proceso de descenso de la agricultura inglesa en los últimos 100 años y vaticinó el mismo fenómeno para la agricultura japonesa e, incluso, para toda su economía (p. 184).

La solución que propone en su libro ya la esbozaba claramente hace 22 años:

El manejo verdaderamente racional de la agricultura busca el máximo de utilización de la tierra disponible, de la fuerza de trabajo y de los recursos materiales, de manera que no se produzcan desiertos de recursos (p. 184).

Analiza la racionalización de la industria y la compara con la que él encontró en la historia de la agricultura japonesa. Sí hubo racionalidad, menos después de 1960, sencillamente porque se abandonó la agricultura combinada que es el único y verdadero fundamento para el manejo de una agricultura efectiva. El carácter intensivo de la agricultura japonesa no sólo es peculiar para Japón sino para toda Asia del este. Tuvo significado en el pasado y lo tiene en el presente y para el futuro. El profesor Iinuma cita varios casos de agricultura combinada (de resistencia política) para sustentar la viabilidad de su propuesta. Sólo por competir en el mercado internacional acabaron con la agricultura tradicional de Japón, y el papel de las cooperativas agrícolas ha sido impersonal, creciente en burocracia. El apoyo gubernamental y de las cooperativas agrícolas ha asistido a las empresas capitalistas y no a las familias campesinas que quieren seguir con la tradición, incluso que luchan contra la contaminación alrededor del movimiento llamado "la agricultura orgánica".

En el siglo XXI el cultivo y la preservación del medio ambiente serán el asunto principal para la agricultura. Durante el presente siglo la modernización de la agricultura, que empezó en Estados Unidos, se difundió por todo el mundo. La meca-

nización del campo fue peligrosa al romper el equilibrio simbiótico entre la agricultura y la ganadería. Recalcando de nuevo la relación entre clima, temperatura y suelos, y los tipos de agricultura extensiva y de monocultivo para veranos secos, e intensiva para los húmedos, el tipo de agricultura de que se trate —pronostica el autor— debe tener una amplia armonía con el medio ambiente natural. Al iniciarse los estudios sobre fertilizantes químicos en Alemania y el desarrollo de la maquinaria durante el siglo XIX, la agricultura —sobre todo la de monocultivo— dejó de depender del ganado, lo que generó problemas en el medio ambiente, sobre todo en Estados Unidos. El caso de Japón, con un proceso inusual en el mundo, el gobierno implantó el monocultivo de una hectárea; a pesar de esto, quedan campesinos que a través del movimiento de “Cooperación Productor-Consumidor” le han demostrado al gobierno que sí es posible producir sin fertilizantes químicos y además surtir productos sanos y baratos. El profesor Iinuma Jirô insiste en que la agricultura sobrevivirá si la mecanización es aplicada a las prácticas tradicionales de cada región, como sucede en China.